

plebe alejandrina, al odio que inspiraban los judíos, y que ellos parecían que trataban de justificar con sus maquinaciones, y á la ciega obediencia con que se prestaban los cristianos á cumplir las órdenes que se les comunicaban como procedentes de su patriarca.

CAPITULO VI.

EL NUEVO DIÓGENES.

Hacia las cinco de la mañana del día siguiente, Rafael Aben-Ezra se hallaba tendido en la cama, unas veces bostezando y leyendo al mismo tiempo un manuscrito de Filon Judío, otras tirando de las orejas á su mastín, otras contemplando el chorro de la fuente, que se elevaba desde el patio hasta la altura de la ventana, é impacientándose porque todavía el muchacho que le servía no había entrado á decirle que estaba preparado el baño.

—¡Ah! ¡pobre de mí! decía meditando en alta voz. Héme aquí otra vez en el punto de partida. . . . ¿Cómo me libraré

de esa sirena de los gentiles? ¡Mala peste cargue con ella! Creo que voy á concluir por amarla. . . . y aun no estoy libre de inclinarme ya hacia ella un poco. En efecto, recuerdo que me puse absurdamente alegre cuando aquel majadero me dijo que no se atrevía á aceptar mi modesta oferta. ¡Ja. . . . ja! ¡qué delicioso sería ver á Orestes inclinándose ante maderos y piedras, y á Hipatia instalada en las ruinas del Serápeo como gran sacerdotisa de la Abominación de la Desolación! Y ahora. . . . De todos modos, los cielos y la tierra son testigos de que he combatido con valor. . . . ¿Qué podía hacer un pobre hombre mas que tratar de casarla con cualquiera otro, con la esperanza de acabar de una vez? En fin, toda mariposa tiene su luz y todo hombre su destino. . . . Pero, ¡qué osadía y qué imaginación tiene la tontuela! Se ha propuesto sin duda ser otra Zenobia con Orestes por Odenato y Rafael Aben-Ezra, para hacer el papel de Longinos. . . . y recibir en pago el hacha ó el veneno de Longinos. Ella no se cuida de mí; ese cruel y fanático arcángel me sacrificaría, y á otros mil como yo, para lavar

con nuestra sangre los cimientos de algun nuevo templo dedicado á ídolos rotos.... ¡Oh, Rafael Aben-Ezra, qué necio eres!.... Bien sabes que dentro de un momento vas á ir, como de costumbre, á oirla en su cátedra.

Aquí llegaba Rafael de sus confesiones, cuando entró el page á anunciar, no el baño, sino á Miriam.

La vieja, que en virtud de su profesión tenia entrada libre en casa de todos los ricos y elegantes de Alejandría, llegó apresuradamente, y en vez de sentarse, como de costumbre, á conversacion, permaneció de pié é hizo seña al page para que saliera.

—¿Qué hay, madre? Siéntate. Pero, ah, ya veo. Hola, tunante, ¿cómo no has traído vino para la señora? ¿No lo sabes de siempre?

—Eso lo ha dejado á la puerta, como de costumbre, contestó el page con acento de dignidad ofendida.

—¡Sal de aquí, hijo de Satanás! dijo Miriam.

Y despues, volviéndose á Rafael, añadió:

—No es esta ocasion de beber vino,

Rafael. ¿Cómo estás en la cama? ¿No has recibido una carta?

—¿Una carta? Sí; pero tenia demasiado sueño para leerla: ahí está.... veamos.... ¿Qué es esto? ¿Un pasaje de Jeremías? “Levántate y huye, por tu vida, porque el mal viene contra toda la casa de Israel.”—¿Es esta carta del sumo pontífice? Siempre tuve al venerable padre por hombre sóbrio.... ¿Eh? ¿qué dices, Miriam?

—Necio, en vez de reirte de las palabras del profeta, levántate y obedécelas. Yo he sido quien te ha enviado ese billete.

—¿Y no puedo obedecer á los profetas en la cama? Mira, aquí estaba leyendo la Cábala, ó á Filon, que es aun mas estúpido, ¿qué mas quieres?

La vieja, no pudiendo contener su impaciencia, corrió hácia él apretando los dientes, le asió de un brazo y le sacó de la cama al suelo, sin que Rafael hiciera gran resistencia.

—Gracias, madre, por haberme librado del tormento que tengo todos los dias á estas horas; no sabes cuánto me cuesta hacer voluntad para salir de la cama.

—Rafael Aben-Ezra, ¡tan infatigado estás con tu filosofía, con tu paganismo, con tu holgazanería, con tu desprecio de Dios y de los hombres, que te sea indiferente el espectáculo de tu nación abandonada á sus enemigos y sus riquezas dadas á perros paganos? Te digo que Cirilo ha jurado que mañana á estas horas no habrá un judío en Alejandría.

—Tanto mejor para los judíos si están, no digo tanto como yo, pero siquiera la mitad cansados de vivir en este bullicioso Pandemonium. ¡Pero cómo evitarlo? ¡Soy yo por ventura la reina Ester para que vaya á pedir al Asuero de la prefectura que me entregue el dorado cetro?

—Necio, si hubieras leído esa nota á tiempo, habrías podido ir y salvarnos, y tu nombre se hubiera repetido para siempre de generacion en generacion como el de un segundo Mordecaí.

—¡Ay, madre! Asuero habria estado ó muy dormido ó muy borracho para escucharme. ¿Por qué no fuiste tú?

—¿Crees que no hubiera ido si me hubiera sido posible? ¿Me supones tan indolente como tú? A riesgo de mi vi-

da he venido aquí para salvarte, si es que hay tiempo ya para ello.

—Buéno: ¿me viste? ¿Qué se puede hacer ahora?

—Nada. Las calles están interceptadas por la plebe. ¿No oyes los gritos? Están atacando ya la otra parte del barrio.

—¡Cómo! ¿están matando á los judíos? preguntó Rafael acabándose de vestir. Pues si á tanto llega el juego, tendré el mayor placer en defender mi vida y la de los míos. ¡Hola, muchacho! ¡mi espada y mi puñal!

—Oh, no, dicen que no se derramará sangre: que no ultrajarán á nadie con tal que les déjen saquear. El angel del Señor les confunda.

La conversacion fué interrumpida por la entrada precipitada de todos los criados llenos de terror; y Rafael, subiendo al piso superior, se asomó á la ventana y vió la calle cubierta de mugeres y niños llorando, mientras hombres viejos y jóvenes miraban el despojo de sus riquezas en una actitud demasiado prudente para ofrecer resistencia, pero demasiado varonil para quejarse.

Miriam, que habia seguido á Rafael,

se paseaba por el cuarto en un paraisimo de furor, excitándole en vano á que hablase ó hiciera algo por salvar sus bienes.

—¡Déjame solo, madre! dijo al fin. Aun pasarán lo menos diez minutos antes que vengan aquí. Y entretanto, ¿qué mejor cosa puedo hacer que contemplar los progresos de este pequeño Exodo?

—Pero no como el primero. Entonces entre el ruido de los címbalos y de los cánticos nos dirigimos hácia el mar Rojo, llevando con nosotros las joyas de plata y oro y las riquezas que cada muger habia pedido prestadas á sus vecinos.

—Y ahora las devolvemos: bien considerado; esto no es mas que una restitucion. Debiamos haber dado oidos á Jeremías hace mil años, y no haber vuelto como necios á un país donde habiamos contraido tantas deudas.

—¡Tierra maldita! esclamó Miriam. En mal hora nuestros padres desobedecieron al profeta. Ahora cogemos el fruto de nuestros pecados. Nuestros hijos han olvidado la fé de sus mayores por la filosofía de los gentiles, y llenan sus habitaciones de ídolos paganos. . . .

Mientras esto decia dirigiendo alrededor una mirada de desprecio, una jóven salió huyendo de la casa inmediata seguida de un hombre medio borracho, que con una mano la tenia asida del cabello y pugnaba con la otra por arrancarle una cadena de oro que llevaba al cuello. A los gritos de la jóven acudió otro de los amotinados; tendió en el suelo al primero de una puñada, y tomando el collar que la jóven le ofrecia llena de espanto, le arrojó en tierra, escupió sobre él, lo pisoteó y continuó su camino gritando: ¡afuera los circunsisos! ¡afuera los blasfemos! mientras la pobre jóven se desmayaba entre los circunstantes.

Rafael contempló esta escena pensativo, mientras Miriam se lamentaba de la destruccion de la preciosa joya.

—Ese hombre ha hecho bien, madre, dijo Rafael: si esos cristianos emplean tal metodo con nosotros, nos derrotarán siempre; porque desde el principio nuestra ruina ha sido la aficion á riquezas terrenales.

—¿Pero qué piensas hacer? dijo Miriam asiéndole del brazo.

—¿Y tú? preguntó Rafael.

—Yo, dijo Miriam, nada tengo que temer: en el canal, á la puerta de jardín me aguarda un bote; me quedo en Alejandría; no hay en el mundo quien pueda obligar á la vieja Miriam á dar un paso contra su voluntad. Mis joyas están todas enterradas; mis esclavas están vendidas; salva lo que puedas y sígueme.

—Querida madre, ¿por qué te manifestas mas solícita por mi bien que por el de todos los demas hijos de Judá?

—Porque. . . . porque. . . . No, ya te lo diré en otra ocasion. Basta por ahora que sepas que amaba á tu madre y ella me amaba á mí. Ven.

Rafael guardó silencio y se puso de nuevo á observar los progresos del tumulto. Despues dijo:

—Miriam, hija de Jonatam. . . .

—Yo no soy hija de nadie; no tengo padre, ni madre, ni esposo, ni. . . . Llámame madre otra vez.

—Madre, ó como quieras que te llame, ahí en esa caja hay joyas y riquezas bastantes para comprar media Alejandría. Tómalas. Yo me voy.

—¿Conmigo?

—No, sino á correr mundos. Estoy

cansado de ser rico: ese salvaje amotinado entiendo la vida mejor que nosotros los judíos. Pienso hacer de la necesidad virtud y volverme pobre.

—¿Pobre?

—¡Bah! ¿por qué no? De grado ó por fuerza esa gente me dejará sin bienes. Así, pues, me voy: no tengo que despedirme de nadie. Esa perra es el único amigo que tengo en el mundo.

—Puedes escaparte conmigo á casa del prefecto y salvar la mayor parte de tus riquezas.

—Precisamente eso es lo que no quiero hacer. Detesto al prefecto, y á decir verdad, me voy inclinando demasiado hácia esa hermosura pagana. . . .

—¿Quién? gritó Miriam, ¿Hipatia?

—La misma, si no lo llevas á mal. Por eso me parece que el mejor modo de deshacer el encanto es espatriarme. Pediré paso en el primer buque que salga para Cirene é iré á Italia á estudiar con la espedicion de Heracliano.—Toma, toma mis joyas, que yo me voy; pronto, pronto: mis libertadores están ya á la puerta.

Miriam abrió la caja llena de diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas, y ocul-

tó este tesoro entre su amplio ropaje.

—Vete, vete, añadió, huye de esa joven: yo me encargo de guardarte las joyas.

—Sí, ocúltalas como la madre tierra oculta las cosas en su seno para duplicarlas. Ya habrás tenido tiempo de hacerlo cuando nos veamos. ¡Adios madre!

—No para siempre, Rafael, no para siempre; prométeme por los cuatro arcángeles que si te ves en peligro ó en necesidad me escribirás á casa de Eudaimon.

—¿El filósofo porterillo de Hipatia?

—El mismo: él me dará tu carta; y te juro que cruzaré los montes de Kaf para salvarte. Yo te devolveré tus joyas; lo juro por Abraham, por Isaac, por Jacob; péguese mi lengua al paladar si no te doy cuenta de todo.

—No hagas promesas imprudentes, madre: si me canso de ser pobre, pediré prestadas á cualquier rabino unas cuantas monedas de oro y con ellas comerciaré. En realidad, no pienso que me devuelvas nada; y así es que si nada me devuelves no me llevaré chasco. ¿Por qué razon habia yo de imaginar que fueras?....

—Porque... porque... ¡Pero, Dios mio!.... No, estará por aquí.... ¡Espíritu de Elías! ¿Dónde está la ágata negra? ¿Dónde está la otra mitad del talisman de ágata negra?

Rafael se puso pálido.

—¿De qué sabias que yo tenia una ágata negra?

—¿De qué lo sabia? exclamó Miriam asiéndole del brazo. ¿Dónde está? ¡Todo se pierde si no la encuentro! ¡Necio! añadió soltando el brazo. ¿Se la has dado acaso á esa infiel?

—Por el alma de mi padre, misteriosa hechicera, que parece que todo lo ves: sí, eso es precisamente lo que he hecho.

Miriam cruzó las manos desesperada y esclamando:

—¿Se ha perdido!.... No, yo la obtendré; sí, se la arrancaré del corazon. Me vengaré de ella: me vengaré de esa sirena, sí, y vénguese de mí el cielo si ella y sus hechizos viven de aquí á un año.

—¡Silencio, Jezabel! Pagana ó no, Hipatia es tan pura como la luz del sol. Le di la ágata porque la agradó el talisman que tenia.

—Le queria para encantarte con él, para arruinarte.

—Tú sin duda crees que todos son tan abyectos como las desdichadas que vendes y compras, y á quienes haces si es posible tan dignas del infierno como tú misma.

Miriam le miró con ojos centellantes. Por un momento buscó el mango de su puñal; y despues rompiendo á llorar y ocultando el rostro entre las manos, salió precipitadamente de la estancia.

En aquel instante un grande estrépito anunció que los amotinados acababan de echar la puerta abajo.

—Muchachos, dijo Rafael llamando á los esclavos: tomad cada uno lo que pueda y huid por la puerta del jardin.

Los esclavos ya le habian obedecido. Sonriose al notarlo, bajó las escaleras seguido de la perra, y no tardó en hallarse frente con la turba de mendigos y populacho.

—Bien venidos, amables huéspedes, les dijo: tened cuidado; esta perra es de bretaña, y si hace presa en alguno, mientras no la maten no suelta: ademas, este puñal está envenenado, y el menor arañazo basta para causar la

muerte. Así, pues, hagamos las cosas en buen órden: entrad; mi bodega y mi despensa están á vuestra disposicion; y si entre los ilústres personajes que aquí veo hay alguno que guste cambiar sus harapos por mi traje, estoy á su disposicion.

—Yo cambiaré contigo, perro judío, dijo uno de los mas sucios de la plebe.

—Gracias, amigo; entremos en esta habitacion. . . . Cuidado, cuidado; ese vaso de porcelana vale mil piezas de oro, pero si le rompeis no valdrá nada. Así, pues, dejo á vuestra consideracion lo que debeis hacer.

Y mientras la multitud sin hacerle caso se llevaba lo que podia y rompía lo que no podia llevarse, Rafael se quitó su traje, se puso la rota túnica de algodon y el sombrero de paja viejo y estrópeado que le dió el mendigo, y atravesando impávido las turbas con la mano en el mango del puñal y seguido de la perra, desapareció.